

grandiosidad de nuestra escena trágica, que están más al alcance de su comprensión que no la profundidad de Moliere.» Por último mandó que se desplegara en todo un lujo desmedido, para que la Francia se hiciera respetar por su cultura (1) lo mismo que por sus armas.

Tomadas estas disposiciones, invirtió el tiempo que le quedaba en hacer sus preparativos militares para el caso en que sólo tuviese que luchar con la España auxiliada por los ingleses, y en que, independientemente de la España y la Inglaterra, tuviese que habérselas nuevamente y acto continuo con el Austria. Las cosas en España nada habían mejorado desde la retirada del ejército francés al Ebro. Tenía José diseminados por Cataluña, Aragón, Castilla y las provincias vascongadas, contando con algunos refuerzos que había recibido últimamente, más de cien mil hombres entre reclutas ya aguerridos y veteranos, que por regimientos separados habían ido pasando sucesivamente del Elba al Rhin, del Rhin á los Pirineos. Con ellos á un general de carácter decidido le hubieran sobrado fuerzas para anondar á los sublevados que iban avanzando aisladamente en todas direcciones, desde Galicia, Madrid y Zaragoza. Pero todo era agitarse sin plan ni concierto, quejarse y solicitar nuevos recursos cuando no se sabía hacer uso de los que había. Napoleón procuraba por su parte vigorizar con la energía de su lenguaje el ánimo descaecido de José. «Sé digno de tu hermano, le decía; procura conservar la actitud decorosa que exige tu posición. ¿Qué significan para mí esos sublevados á quienes escarmentaré con mis dragones? ¿Vencerán ellos, por ventura, á unos ejércitos á quienes no han podido vencer ni el Austria ni la Rusia ni la Prusia? *Tropezaré en España con las columnas de Hércules, pero no con los límites de mi poder.*» Anuncióle en seguida que le enviaba auxilios inmensos, añadiendo consejos llenos de prudencia y previsión, que ni José ni sus generales eran capaces de comprender ni menos de seguir. José había querido tener consigo toda su pequeña corte de Nápoles: al mariscal Jourdan primeramente, que como hemos dicho era muy hombre de bien, prudente, flemático y adocenado José para satisfacer principalmente su afición á dominar, porque los hermanos del emperador se desquitaban de la dominación que Napoleón ejercía sobre ellos con la que á su vez procuraban ejercer sobre los demás; después del mariscal Jourdan había querido José tener á su lado á Mr. Roederer para que le ayudase en la administración política y rentística de España, lo que aún no le había concedido Napoleón por desconfiar,

(1) Por su *civilización*, dice el texto francés, lo que prueba que para Mr. Thiers puede la civilización existir basada exclusivamente en el progreso material. Nosotros profesamos distintos principios y creemos que no basta un gran desarrollo industrial en un pueblo para que pueda llamarse *civilizado*. La civilización para los publicistas de más sanas doctrinas consiste en la progresión del sentido moral y todos ellos reconocen, contra la popular opinión, que la *barbarie* es compatible con el desarrollo industrial, la riqueza y el lujo. Un pueblo *culto* con academias y teatros, puede ser *bárbaro* por la corrupción de sus costumbres y sus malas leyes; y por el contrario, un pueblo atrasado en las letras, en las artes de imitación y en las ciencias naturales, puede ser *civilizado* por sus códigos y costumbres. No es nuestro intento negar que la Francia del imperio fuese civilizada, sino sólo hacer percibir la necesidad de substituir á un modo de expresarse inexacto, un lenguaje más adecuado á la verdad.

(N. del T.)

aunque no de la intención ni del saber de Mr. Roederer, de su práctica en los negocios. Exceptuado éste, toda la servidumbre de Nápoles estaba con José, y aquel remedo de corte mixta de política y militar propendía á murmurar de Napoleón, á abultar sus errores, sus exigencias, sus injusticias y sinrazones, y sin atreverse á negar su genio, se complacía en decir que por juzgar las cosas de lejos las juzgaba mal y superficialmente; en una palabra, que no eran ellos los que se equivocaban sino él. Ni faltaba quien creyese que por ser aquel pobre rey hermano de un hombre de genio, él también debía tenerlo, y que con un tanto de su experiencia en el arte de la guerra hubiera podido él también aspirar á mandar.

Animado con el lenguaje enérgico de Napoleón y tranquilizado con los auxilios que por todas partes recibía, recobró José aliento, volvió á montar á menudo á caballo acompañado de su fiel Jourdan, y empezó á cobrar afición al papel de rey guerrero, á dictar órdenes, á prescribir movimientos, á presentarse á sus tropas y á pasar revistas. Pero aunque parecía más tranquilo, no se había atrevido á permanecer en Burgos, ni aun en Miranda, y había establecido definitivamente su cuartel general en Vitoria. Tenía allí dos mil hombres formando una guardia real medio española y medio napolitana, otros dos mil de la guardia imperial, y tres mil de la brigada de Rey, que no se separaba nunca de su lado: entre todos siete mil hombres. A su derecha estaba el mariscal Bessieres con veinte mil hombres diseminados entre Cubo, Briviesca y Burgos, y ocupando esta última ciudad con caballería; á su izquierda desde Miranda á Logroño, el mariscal Moncey con diez y ocho mil; y entre Logroño y Tudela el cuerpo del general Verdier, que aún reunía de quince á diez y seis mil hombres después de las pérdidas sufridas en Zaragoza. Tenía además á la espalda los depósitos y regimientos de marcha, mezcla poco resistente de soldados destacados de todos los cuerpos, pero aptos para proteger una retirada, y que no componían menos de quince á diez y seis mil hombres también. Los regimientos 51 y 43 de línea, que eran los últimos que habían llegado de las tropas veteranas destacadas sucesivamente por Napoleón del grande ejército, y el 26 de cazadores, habían servido para componer la brigada de Godinot, y esta excelente tropa, cayendo de improviso sobre Bilbao, había ahuyentado á los sublevados que en aquella ciudad se guarecían, matándoles mil doscientos hombres. Finalmente las columnas móviles de gendarmería y montañeses que defendían las gargantas de los Pirineos en número de tres ó cuatro mil hombres, la división del general Reille, que juntaba de seis á siete mil, y la del general Duhesme en Cataluña, que reunía diez y once mil, hacían subir á un total de cien mil combatientes las fuerzas que aún quedaban en España.

Enviaba Napoleón sin descanso al estado mayor de José instrucciones que, como dejamos dicho, ni eran comprendidas ni menos ejecutadas. Primeramente convirtió en regimientos definitivos los provisionales, con la numeración de 113 á 120. Dió orden de reunir á estos regimientos ya definitivos todos los destacamentos de marcha para volver á restablecer el conjunto en los cuerpos; de concentrar la guardia imperial, de la que tenían una parte el mariscal Bessieres y otra José, y de

formar con ella y con los regimientos veteranos de la brigada de Godinot una buena reserva necesaria para los casos imprevistos. Por lo tocante á la distribución general de las fuerzas, adoptó las siguientes disposiciones. Considerando á Aragón y Navarra como un teatro de operaciones separado que tenía segura su línea de retirada sobre Pamplona, mandó formar allí una masa aparte de quince á diez y ocho mil hombres con encargo de cubrir la izquierda del ejército, de custodiar á Tudela, que formaba la cabeza del canal de Aragón, y de reunir en esta población un cuantioso material de artillería para cuando volviera á emprenderse el asedio de Zaragoza. Situando después el centro de las operaciones militares en Castilla la Vieja, esto es, en Burgos, ocupando la carretera de Madrid, mandó formar allí otra masa de cuarenta á cincuenta mil hombres, dispuesta á acabar con cualquier cuerpo de sublevados que por aquellas comarcas apareciese, pues no había ningún ejército español que pudiese hacer cara á treinta ó cuarenta mil franceses reunidos. Por último encargó que se esperase en aquella actitud amenazadora la llegada de los refuerzos, y su presencia, que esperaba fuese muy próxima.

Estas cosas, que en las instrucciones de Napoleón estaban tan profundamente concebidas como claramente indicadas, nadie las comprendía en Vitoria, donde todos los que á José rodeaban pasaban el tiempo asombrándose de los movimientos del enemigo y creyendo ver asomar por doquiera los insurgentes á millares. Después de la retirada del mariscal Bessieres, había vuelto á presentarse en Castilla la Vieja el general Blake con unos veinte mil hombres, y todos le daban cuarenta ó cincuenta mil. Después de la capitulación de Bailén fué el general Castaños adelantándose hacia Madrid con cerca de quince mil hombres, y se le suponía avanzando hacia el Ebro con cincuenta mil. Finalmente los valencianos y aragoneses reunidos componían de diez y ocho á veinte mil hombres, y se los hacía subir á cuarenta mil. Creíase por lo tanto tener que habérselas con ciento treinta ó ciento cuarenta mil enemigos, bastante diestros y formidables para hacer capitular como en Bailén á más de un ejército francés; y siempre que estas exageraciones quedaban reducidas á su justo valor cuando se recibían datos más exactos, servía de disculpa la dificultad de proporcionarse informes fidedignos en España. «En todos tiempos y lugares es difícil saber la verdad durante la guerra, respondíales Napoleón; pero siempre es posible dar con ella cuando se toma el trabajo de buscarla. Tienen ustedes una caballería numerosa y al valiente Lasalle; envíenles ustedes sus dragones á quince ó veinte leguas á la redonda, preñan ustedes á los alcaldes, á los curas, á los principales vecinos y á los directores de correos, ténganlos ustedes á recaudo hasta que hablen, sepan ustedes preguntarles, y sabrán la verdad de todo; pero jamás la averiguarán permaneciendo dormidos en sus líneas.»

Estas lecciones se desaprovechaban, y los aduladores de José seguían poblando los espacios de enemigos imaginarios. Ocurrió que en los últimos días de agosto acudieron á las cercanías de Tudela los aragoneses, valencianos y catalanes mandados por el conde de Montijo, y el mariscal Moncey, que había cobrado miedo con la desastrosa campaña de Valencia, creyó verse

abrumado por todos los insurgentes de España reunidos, por lo cual tomó apresuradamente una posición defensiva pidiendo auxilio con grande alarma. Avanzó al punto á socorrerle el general Lefebvre-Desnoettes que hacía las veces de Verdier, herido en el sitio de Zaragoza, y cruzando el Ebro en Alfaro con sus lanceros polacos puso en dispersión á cuantas partidas intentaron hacerle frente, demostrando de este modo lo que era el tan temido ejército de Aragón y Valencia.

Esta singular aventura cubrió de vergüenza á los pusilánimes y contribuyó á rectificar la opinión equivocada que se tenía del enemigo. Alentado José con lo que acababa de presenciar y con las severas amonestaciones que recibía de París, se lisonjeó de poder imitar las grandiosas maniobras de su hermano, y haciendo de Miranda su centro de operaciones trató de acometer uno á uno á los cuerpos enemigos para batirlos sucesivamente, como tantas veces lo había verificado Napoleón. Ciertamente que los españoles se prestaban algo á semejante combinación, porque Blake pretendía penetrar en Vizcaya por nuestra derecha con los insurrectos de León, Asturias y Galicia; un destacamento del general Castaños meditaba llegar hasta el Ebro por nuestro frente, y los aragoneses, valencianos y otros proyectaban introducirse en Navarra para rodear á nuestra izquierda. Esperaban ellos adelantarse á nuestras dos alas, envolvernos, cortarnos el camino de Francia, y de este modo repetir la jornada de Bailén: quimera insensata, porque en vano hubiera sido querer renovar contra sesenta mil franceses, resueltos á todo á pesar de la timidez de algunos de sus jefes, lo que una vez se había conseguido contra ocho mil franceses desanimados. A este plan ridículo, imitación del hecho casual de Bailén, quería oponer José otra imitación, también ridícula, del modo grandioso de operar de su hermano, cayendo en masa y alternativamente sobre cada uno de los cuerpos sublevados con objeto de irlos destruyendo uno tras otro. Podía la intención ser buena, pero en la guerra lo principal es la precisión y la oportunidad de la ejecución, y en ella lo mismo que en todo la imitación es infecunda. Así, pues, mientras los sublevados de Blake andaban haciendo amagos contra Bilbao, y los de Aragón contra Tudela, José enviaba contra ellos sus cuerpos precipitadamente y á veces acudía en persona sin darse reposo, llegaba tarde ó se detenía sin llevar á cabo sus tentativas, volvía á meter sus soldados extenuados en Vitoria, y escribía entonces al emperador que había seguido sus consejos y que esperaba con un poco más de experiencia hacerse en breve digno de él; ¡cuántas veces se ha renovado en el mundo este triste espectáculo de hermanos adocenados, que queriendo imitar á sus hermanos gloriosos, sólo han conseguido igualarlos en sus vicios y defectos!

Estas miserias de la vanidad fraternal al pronto le causaban á Napoleón cierta sonrisa, pero en breve le encendían en ira pensando en el tiempo y en los recursos que estaban malogrando; por lo cual resolvió enviar á los que tan mal le imitaban el mariscal Ney, que era uno de sus más decididos lugartenientes, para que los reanimase y les comunicase su energía; y en seguida les mandó que se limitasen á reorganizar el ejército, á rehacer su artillería y sus pertrechos, á defender bien el Ebro y á permanecer quietos hasta que llegase él en

persona. Tomó después su partido acerca de los destacamentos que había de sacar de Italia y de Alemania para sojuzgar completamente la España. Juzgó que necesitaba por lo menos ciento ó ciento veinte mil hombres para acabar prontamente con la insurrección española y repeler á los ingleses á la mar. Tuvo noticia del convenio de Cintra, y pareciéndole honroso para el ejército que se había batido con valentía y que quedaba libre, escribió á Junot estas palabras: «Como general hubiera usted podido hacer más; pero como soldado no ha hecho usted nada que sea contrario al honor.» Envió al mismo tiempo órdenes á Rochefort para recibir y volver á equipar las tropas de Portugal, que, después de aclimatadas, aguerridas y armadas de nuevo, podían aún prestar grandes servicios y aumentar con unos veinte mil hombres los auxilios destinados á la península.

Hacía pocos meses que habían regresado á su patria los italianos, notablemente mejorados en el Norte, y mandó Napoleón al príncipe Eugenio que con el general Pino encaminase diez mil de ellos hacia el Delfinado y el Rosellón. Con dos soberbios regimientos franceses, el 1.º ligero y el 42 de línea, sacados del Piamonte, donde eran reemplazados por otros dos del ejército de Nápoles, formó además el núcleo de una división que confió al general Souham y completó con diversos batallones pertenecientes á otros cuerpos ya desmembrados en parte para el servicio de Cataluña. Esta división, contando la artillería y caballería, ascendía á cerca de siete mil hombres. Fueron, pues, nada menos que diez y seis ó diez y siete mil hombres los que se dirigieron desde los Alpes hacia los Pirineos, los cuales con el cuerpo del general Duhesme, la columna de Reille y una brigada de napolitanos encaminada ya hacia Perpiñán bajo las órdenes del general Chabot, debían hacer subir hasta cerca de treinta y seis mil combatientes las tropas destinadas á Cataluña. Ofrecía esta provincia un teatro militar aparte, como separada que está del resto de España, y por esta consideración dió Napoleón el mando en jefe de las tropas á ella destinadas á un general que no tenía igual para la guerra metódica y que siempre operaba bien estando solo, como era Saint-Cyr. No podía hacerse elección más acertada.

Los más considerables destacamentos debían salir de Alemania y de Polonia. Resolvió Napoleón sacar de estos países el primer cuerpo ya trasladado á Berlín bajo el mariscal Víctor, y el 6.º que había mandado el mariscal Ney y que estaba en la actualidad acampado en la Silesia bajo las órdenes del mariscal Mortier. Reservóse sacar también más adelante el 5.º cuerpo, que habían sucesivamente mandado los mariscales Lannes y Massena, y que estaba, como el 6.º, acampado en la Silesia bajo el mariscal Mortier. Dirigióle Napoleón por de pronto hacia Bareuth, provincia de la Franconia que permanecía aún bajo su dominio, y quiso que estuviese allí disponible, caso de convenirle que pasase á Austria si esta potencia optaba por la guerra inmediata, ó encaminarlo á España si la corte de Viena renunciaba á sus armamentos. Los cuerpos 1.º y 6.º, reforzados con los reclutas sacados de los depósitos, componían por lo menos unos cincuenta mil hombres, comprendida la artillería y la caballería ligera agregadas á cada división. A excepción de un pequeño número de bisoños eran todos veteranos experimentados, incluidos en cuadros

que no podían mejorarse. Ideó también Napoleón sacar de Alemania parte de la reserva general de caballería, y eligió el arma de dragones, que creyó de grande utilidad en España porque podía prestar varios servicios á un tiempo, y porque prometiendo ser asaz resistente contra la infantería española, era sin embargo más ágil que la caballería pesada. Resolvió también dejar por el contrario en las llanuras del Norte sus numerosos y valientes coraceros, inútiles contra las tropas indisciplinadas del Mediodía, y necesarios contra las huestes aguerridas de las regiones septentrionales. Mandó que marchasen á España tres divisiones de dragones, reservándose el enviar además las otras dos que quedaban después que hubiese aclarado el misterio de la política austriaca.

Quiso que concurriesen los reyes aliados ó hermanos suyos á esta guerra en que se interesaba su sistema de monarquías confederadas, y pidió con este objeto tres mil holandeses al rey de Holanda, siete mil alemanes á los príncipes de la Confederación del Rhin, y al rey de Sajonia siete mil polacos que de mucho tiempo atrás se había comprometido á tomar á su servicio. Finalmente puso en marcha entre ingenieros y artilleros cerca de tres mil quinientos hombres con inmensos pertrechos.

Ni eran éstas todas las fuerzas que mandaba al Pirineo. Como hemos dicho, había ya dirigido Napoleón á España ocho regimientos veteranos comprendidos en los cien mil hombres que operaban actualmente en el Ebro. Otros cuatro sacados de las márgenes del Elba y de París, que eran el 28, el 32, el 58 y el 75 de línea, estaban ya en los caminos de Francia, y con el 5.º de dragones iban á componer una soberbia división de siete ú ocho mil hombres, que confió Napoleón al general Sebastiani, procedente de Constantinopla. A estos doce regimientos, sacados sucesivamente de Alemania y Francia, había agregado al saber la noticia de los reveses sufridos por José, otros dos, que eran el 36 y el 55 de línea, próximos ya á Bayona y destinados á reforzar la reserva de su hermano.

Por último la guardia iba á suministrar otros cuatro mil hombres además de los tres mil que había en el cuartel general de José. Reunidas estas tropas, sin contar el quinto cuerpo, cuya disposición quedaba incierta, ni las tropas de Junot que no llegaban nunca y que era forzoso reorganizar, componían un total de ciento diez á ciento quince mil hombres, dignos del grande ejército de donde procedían. Iba Napoleón además á procurar su aumento con mucho acierto, sacando de los depósitos la gente necesaria y reponiéndola con nuevos alistamientos.

Faltaba saber cómo se haría en el ejército de Italia y sobre todo en el grande ejército el reemplazo de las tropas que se les cercenaban sin debilitarlos demasiado. Con haber sacado sucesivamente de Polonia y de Alemania tantos regimientos, con haber puesto en marcha los cuerpos 1.º y 6.º y las divisiones de dragones, y licenciado los cuerpos auxiliares, el grande ejército había quedado sumamente reducido. Quedaba en la Pomerania sueca y en la Prusia el cuarto cuerpo del mariscal Soult, que se componía de treinta y cuatro mil hombres de infantería, tres mil de caballería ligera, ocho ó nueve mil de caballería pesada y cuatro mil de tropas de artillería é ingenieros: entre todos unos cincuenta mil hombres. El mariscal Bernadotte, príncipe de Ponte-Corvo,

estaba de guarnición en las ciudades anseáticas y en el litoral del mar del Norte con dos divisiones francesas de doce mil hombres (que eran las de Boudet y Gency, por haber pasado la de Molitor al cuerpo del mariscal Soult), catorce mil españoles y siete mil holandeses, reuniendo entre todos treinta y tres mil hombres. El mariscal Davout con el tercer cuerpo, que era el más arrogante y mejor organizado de todo el ejército francés, ocupaba el ducado de Posen, desde el Vístula al Óder. Constaba de treinta y ocho mil infantes y nueve mil jinetes entre cazadores, dragones y coraceros. Ocupaba además la ciudad de Dantzig con la división de Oudinot, que comprendía diez mil granaderos y cazadores escogidos, y tenía tres mil artilleros é ingenieros, de modo que reunía un total de sesenta mil franceses. Los sajones y polacos que militaban bajo sus órdenes llegaban á treinta mil: el parque general de todo el grande ejército, reunido en Magdeburgo y en las principales plazas de Prusia, comprendía de siete á ocho mil hombres empleados en diversos servicios. Entre todos, pues, formaban ciento ochenta mil hombres, de los cuales había ciento treinta mil franceses, y cincuenta mil entre polacos, sajones, españoles y holandeses. Si se agregaba á esta masa el quinto cuerpo establecido en la Silesia, y que ascendía á unos veinticuatro mil hombres, podía valuar el grande ejército en doscientos mil soldados, todos excelentes, muy capaces de aniquilar al Austria unidos al ejército de Italia, aun cuando el emperador Alejandro nos prestase un auxilio insuficiente ó nulo. Sin embargo, ya ese número no era bastante para contrarrestar el odio universal del continente, porque si bien el Austria solamente manifestaba su rencor y su deseo de sacudir el yugo de nuestra dominación, toda la Alemania empezaba á cobrarnos una aversión profunda y mal disimulada, tanto en los países sometidos á la Confederación del Rhin como en todos los demás.

Quiso Napoleón volver á dotar inmediatamente los ejércitos de Italia y Alemania con una fuerza efectiva casi igual á la que tenían antes de sacar de ellos tantos destacamentos; pero por desgracia si bien podía darles la misma fuerza numérica que habían tenido, no podía prometerse restituirlos á su antiguo ser porque reemplazaba con inexpertos reclutas á los veteranos aguerridos. Sin embargo, era el antiguo núcleo tan excelente, que no podía resentirse mucho de la entrada de los bisoños. Para cumplir el convenio celebrado con la Prusia empezó aproximando al Rhin las tropas que tenía en Alemania. Los cuerpos 1.º y 6.º destinados á España, iban según sus órdenes marchando sobre Maguncia, á seis etapas de distancia uno de otro, para no molestarse mutuamente en el viaje. El cuerpo del mariscal Soult fué encaminado hacia Berlín para substituir al primer cuerpo, que acababa de salir de esta capital. El cuerpo del mariscal Davout recibió orden de ocupar sobre el Óder y en la Silesia el puesto que dejaban vacante los cuerpos sexto y quinto, encaminados según se ha dicho el uno á Maguncia y el otro á Bareuth. El general Oudinot desocupó á Dantzig con sus batallones escogidos y emprendió su traslación á la Alemania central, debiendo reemplazarle en aquella plaza los polacos y sajones. Estos movimientos que eran como el preludio de la ejecución del convenio hecho con la Prusia, facilitaban el reemplazo abreviando casi la mitad de las distancias.

Trató Napoleón en primer lugar de poner definitivamente en vigor el decreto expedido el año precedente, que fijaba para todos los regimientos de infantería el número de cinco batallones; y resolvió por lo tanto dejar cuatro batallones completos en todos los regimientos adscritos al grande ejército, reservando el quinto, que era el de depósito, en el Rhin. Por lo tocante á la España, quiso que cada regimiento tuviese tres batallones de guerra en el cuerpo respectivo, el cuarto en Bayona como primer depósito y el quinto en lo interior de Francia como segundo depósito. Los ejércitos de Italia y Nápoles debían constar de igual número de batallones para cada regimiento, cuatro en Italia y el quinto en el Piamonte ó en los departamentos del Mediodía de Francia.

Para esto hubo de recurrir de nuevo á los alistamientos. Faltaba aún tomar de los cupos anteriores de 1807, 1808 y 1809, este último decretado ya en enero del año corriente, que ascendía á unos sesenta mil hombres. Quiso Napoleón pedir además el perteneciente al año 1810, empezando de este modo á reclamar los alistamientos con más de un año de anticipación. Sin embargo, tuvo la precaución de no disponer inmediatamente más que de una parte del cupo. Estos dos alistamientos, de sesenta mil hombres para los tres años de 1807 á 1809, y de ochenta mil para el de 1810, debían componer un total de ciento cuarenta mil hombres, cuarenta mil destinados á la infantería del grande ejército, treinta mil á la del ejército de España, veintiséis mil á la de Italia, diez mil á las cinco legiones de reserva, y otros diez mil por último á la de la guardia imperial: entre todos ciento diez y seis mil hombres para la infantería. Quedaban catorce mil para la caballería, diez mil para la artillería, los ingenieros y los pertrechos.

Se observará sin duda que alistaba Napoleón diez mil hombres para la guardia imperial: esta tropa de preferencia, de regreso en Francia, estaba descansando en París, y por lo general se la empleaba menos que á las otras. Resolvió Napoleón establecer con ella una escuela de guerra, enviándole jóvenes escogidos para que los adiestrase formando de ellos batallones de fusileros. Estos reclutas, después de pasar uno ó dos años en París ó en Versalles en la guardia imperial debían tomar forzosamente su espíritu, su disciplina y su hermoso aspecto. No por eso dejó sin embargo de mandar se hiciese el reemplazo ordinario de esta guardia, de veinte hombres por cada regimiento escogidos en todo el ejército, con objeto de conservar su excelente organización y de dejar abierta esta carrera á los veteranos que no podían ascender de otra manera.

Por el pronto no reclamó Napoleón más que ochenta mil hombres, sesenta mil de los alistamientos ya decretados, y veinte mil tan sólo del de 1810. Quiso que se empezase por los reclutas de las clases atrasadas, y que se encaminasen á Bayona veinte mil de éstos, alistados la mayor parte en los departamentos del Mediodía. Dispuso se enviasen á dicha ciudad los cuadros de los cuatro batallones, para emprender inmediatamente la instrucción de estos reclutas, ya robustos por efecto de su edad más madura y para ir allí preparando el reemplazo sucesivo de los cuerpos destinados á España. Merced á esta previsión, el grande ejército iba á componerse en breve de cerca de doscientos mil franceses,

sin contar el quinto cuerpo, el ejército de Italia de cien mil, el de España de doscientos cincuenta mil, de los cuales había cien mil ya establecidos en el Ebro, ciento diez mil en camino, y cuarenta mil que se estaban instruyendo en cuartos batallones.

Mientras se ejecutaban estas medidas, mandó Napoleón salir inmediatamente de los depósitos toda la gente disponible, para que en los cuadros no faltasen demasiados hombres y para enviar á todos los cuerpos un primer contingente de reclutas. Formáronse y despacháronse tres regimientos de los llamados de marcha, uno hacia Berlín para el mariscal Soult (cuarto cuerpo), otro hacia Magdeburgo para el mariscal Davout (tercer cuerpo), y otro hacia Dresde para el mariscal Mortier (quinto cuerpo). Otros dos, uno encaminado á Maguncia y otro á Orleans, se destinaron al reemplazo de los cuerpos primero y sexto: refuerzo inmediato de unos doce mil hombres perfectamente instruidos, para los diversos cuerpos que debían permanecer en Alemania ó trasladarse á España.

Mandó Napoleón al propio tiempo, para facilitar la formación de los regimientos de cuatro batallones de guerra que quedaban en Alemania, que los que tuviesen compañías de granaderos y cazadores en la división de Oudinot, se las incorporasen acto continuo; y para resarcir á esta división la fuerza que perdía, hizo que pasasen á ella las compañías de granaderos y cazadores de los regimientos que estaban estacionados en Francia y que aún no habían dado ninguna de estas compañías. De esta gran combinación resultaba un movimiento extraordinario de tropas que iban y venían en todas direcciones, y de veteranos y bisoños, yendo los unos hacia el Norte, los otros hacia el Mediodía, desde el Vístula al Ebro, y todos sucediéndose con la menor confusión posible, atendidas aquellas grandes distancias y aquellas masas de hombres tan considerables.

Atento siempre á proporcionar distracciones al soldado, y persuadido de que aunque haya perdido el apego á la vida una vez aguerrido, no por eso pierde la afición á gozar de ella, mandó Napoleón disponer grandes festejos para las tropas que atravesaban la Francia del Rhin á los Pirineos. Quiso que en Maguncia, en Metz, en Nancy, en Reims, en Orleans, en Burdeos y en Périgueux les ofreciesen las municipalidades diversiones enteramente marciales, prometiendo él secretamente satisfacer los gastos. A este objeto destinó más de un millón de francos del tesoro del ejército, cuidando de que las municipalidades se llevasen todo el mérito de tan generosa hospitalidad. Cantáronse en los banquetes himnos guerreros compuestos por orden suya, en que sólo se celebraban las hazañas heroicas de nuestros ejércitos y la grandeza de la Francia, única parte de aquellas fiestas que se permitía consagrar á la política. Discurrían juntos en ellas los veteranos procedentes del Niemen para trasladarse al Tajo, con los mancebos de diez y ocho y diez y nueve años que dejaban las márgenes del Sena y del Loira por las del Elba y del Óder, olvidados ya del pesar de abandonar sus aldeas, y al despedirse unos de otros se deseaban próspera fortuna en la azarosa carrera de los combates y de la gloria. Por lo general los que iban al Mediodía parecían los más contentos, sólo por la esperanza de tener buenos vinos: á tal punto llegaba el olvido de sí

misimos en aquellos hombres consagrados á una muerte casi segura y sobradamente prevista.

Además de enviar tan considerables fuerzas, mandó Napoleón hacia los Pirineos inmensos pertrechos. Nada tenía que mandar al Rhin, porque desde que había empezado la guerra por aquella frontera se había acumulado en ella un material cuantioso, que apenas podía contener la plaza de Magdeburgo, ya medio francesa una vez declarada westfaliana, y que era forzoso repartir entre Erfurt, Maguncia y Strasburgo. Pero como en el Mediodía la guerra no había hecho más que empezar, en Perpiñán, en Tolosa y en Bayona era preciso crearlo todo, porque prometía la contienda tomar gigantescas proporciones. Mandó Napoleón por lo tanto que se hiciesen en Bayona grandes acopios de paños, telas, cueros, fusiles, cañones, tiendas, marmitas, granos, forraje y reses; quiso que á cada soldado se le diesen en el Pirineo dos pares de zapatos, que por lo común se concedían como gratificación, además de los tres pares que llevaba en su mochila; y constante siempre en su máxima de que estando el soldado vestido y calzado, y teniendo galleta que comer, tiene todo lo indispensable y se puede hacer de él lo que se quiera, encargó se hiciese una gran fabricación de zapatos, capotes y galleta. Mandó se comprasen muchas reses vacunas y mulas para tener carne y medios de transporte. Por último cuidó de destinar cuantiosas subvenciones á la conservación de las carreteras, que se estropeaban continuamente con el peso de los enormes carros que las recorrían. Debían cumplirse todas estas órdenes en la segunda mitad del mes de octubre, después de celebrarse en la primera las vistas de Erfurt. Prometiase Napoleón para entonces pasar el Ebro, marchar sobre Madrid al frente de formidables ejércitos, y restablecer á su hermano en el trono de Felipe V.

Para ocurrir á tan enormes gastos se necesitaban recursos igualmente enormes. Las victorias y la buena administración los habían ya acumulado de antemano; mas no por eso iba á dejar de sufrir extravío una parte considerable de los tesoros con tanta previsión destinados á la fecundación de la tierra y á la dotación de las grandes familias creadas. Obtenía, pues, Napoleón en pago de sus faltas contra España dos consecuencias igualmente enojosas, la dispersión de sus soldados veteranos en el Norte y el Mediodía, y la disipación de la riqueza creada con sus acertadas economías. El presupuesto, que tanto se había esmerado por reducir á una cantidad de setecientos veinte millones de francos (quitando los gastos de recaudación, que ascendían á ciento veinte millones, y los gastos departamentales que se calculaban en treinta millones), la sobrepujaba, y subía á ochocientos millones, y tal vez á más, sin contar lo que continuasen pagando los países extranjeros, pues el grande ejército se sostenía en parte con las contribuciones de la Prusia.

Los ingresos, que iban siempre en aumento bajo un reinado tan pacífico en lo interior, acababan de fallar en las aduanas, que era una de las rentas más esenciales: habíase calculado en ochenta millones su producto, y dudábase que llegase á cincuenta. Tal era la primera consecuencia de los formidables decretos de Milán, que había prohibido, por medios nuevos y más rigurosos, la introducción de géneros coloniales de proceden-

cia inglesa. Disminuían, pues, los ingresos, al paso que los gastos aumentaban. Verdad es que estos últimos debían cubrirse con el tesoro del ejército.

El último arreglo hecho con la Prusia prometía recursos considerables. Habíanse consumido cerca de noventa millones en suministros locales; habíanse gastado doscientos seis en metálico procedente de contribuciones, ascendiendo así á cerca de trescientos millones lo que se había sacado de Alemania para el sostenimiento de los ejércitos franceses. Quedaban en las arcas de contribuciones, es decir, en el tesoro del ejército, cerca de ciento sesenta millones en valores recibidos ó de recepción próxima, además de ciento cuarenta que debía la Prusia: total trescientos millones. Pero estos trescientos millones no eran disponibles en su totalidad, porque independientemente de los ciento cuarenta millones pagaderos en letras de cambio ó vales territoriales, había en los ciento sesenta millones que se tenían por contantes, veinticuatro que habían ya ingresado en el tesoro por sueldos atrasados, y setenta y cuatro entregados en la caja del servicio sobre los ochenta y cuatro á que tenía derecho por el empréstito destinado á cancelar el descuento de las obligaciones de los recaudadores generales. Quedaban, pues, sesenta y dos millones inmediatamente disponibles, además de unos veinte millones procedentes de la contribución del Austria, pero invertidos en varios préstamos concedidos á algunas ciudades y á la misma España. Por lo tanto los recursos actuales eran asaz limitados, puesto que los ciento cuarenta millones estipulados por la Prusia en letras de cambio y títulos territoriales sólo iban á cobrarse sucesivamente y en el plazo de diez y ocho meses. Cierta que los ingresos del tesoro se verificaban con extremada facilidad; que la caja de servicio rebosaba en metálico, merced al crédito de que disfrutaba; que según el arreglo celebrado con la Prusia, el grande ejército estaba pagado por completo por todo el año 1808, y que si bien podía conocerse que llegaba el término de los recursos, nada á la sazón se resentía de penuria. Pero de todas maneras Napoleón había dado á su hacienda con la guerra de España un golpe tan sensible como el que acababa de dar á su ejército, porque ambos con dividirse iban á debilitarse.

Resultaba de esta guerra funesta una carga que Napoleón quiso tomar sobre sí por razones políticas muy controvertibles y muy discutidas con su ministro del tesoro Mr. Mollién. Aunque ponía grande esmero en ocultar al público las noticias de los sucesos de España, hasta el punto de callar sus mismas victorias para que se ignorasen mejor sus derrotas, todos sin embargo llegaban á saberlas, ya por los periódicos ingleses, pues siempre circulaban subrepticamente algunos á pesar de la exquisita vigilancia de la policía, ya por las cartas que, como era natural, escribían los oficiales á sus familias bajo las impresiones exageradas del momento. De este modo todos sabían los hechos principales: que un ejército francés había padecido un gran desastre en Andalucía; que en Cádiz había capitulado una escuadra; que José, después de haber entrado en Madrid, había retrocedido á Vitoria. Y como los sucesos capitales significan siempre más que los pormenores, todos en general vivían persuadidos de que la empresa intentada contra la corona de España, que al principio se había

considerado como una mera toma de posesión, se había convertido por el contrario en una lucha encarnizada con una nación entera, auxiliada por todo el poderío de la Inglaterra. Siendo la división de las fuerzas de Francia una consecuencia inevitable de esta nueva guerra, conocíase vagamente que no era ya el imperio tan fuerte como antes; que sus enemigos, al principio humillados, podrían tal vez volver á levantar cabeza, y que quizás volvería á presentarse como cuestionable todo lo que parecía definitivamente resuelto. Los intereses, aunque con frecuencia ciegos, tienen no obstante una perspicacia instintiva que á la larga los hace lince; así que la fluctuación mercantil de los fondos públicos, si bien en general sólo descubre los terrores y las esperanzas locas de la actualidad, al cabo de algún tiempo indica la opinión juiciosa y fundada que acerca del estado de las cosas se forman los intereses ilustrados. Así sucedía en Francia: á pesar de los esfuerzos de Napoleón para disimular la situación verdadera de los negocios de España, la sagacidad alerta de los capitalistas desmentía al lenguaje oficial del gobierno, y los fondos públicos bajaban sensiblemente. Habíaseles visto subir con el abrazo de Tilsit á un tipo hasta entonces desconocido, que era el de noventa y cuatro en la renta del cinco por ciento, y sostenerse con ligeras variaciones hasta que se desvaneció la esperanza de la paz con la culpable invasión de la península, producida por la bárbara expedición de Copenhague. Bajaron entonces de súbito los fondos de noventa y cuatro á ochenta, y aun á setenta después del levantamiento de España. Así era como los intereses consternados formulaban su juicio sobre la política del emperador, y todo el poder de éste, tan formidable y respetado, era ineficaz para preservarle de tan terrible fallo. Sucedió lo que sucede siempre: al movimiento natural de los valores se agregó el movimiento ficticio producido por los especuladores, y el tipo de los fondos públicos amenazó bajar más aún de lo que una racional previsión indicaba; pues no por haber cometido una gran falta, le era á Napoleón imposible repararla y restablecer su poderío, siempre que la agravase con otras de peor índole.

Pero no le arredraban los enemigos de esta nueva especie, por el contrario quiso declararles la guerra. «Quiero, dijo á Mr. Mollién, emprender una campaña contra los *bajistas* (pues es de saber que ya entonces era tan corriente como ahora la triste jerigonza del agiotaje, la cual se vulgariza con sólo atravesar una revolución, por ser las turbulencias políticas el río revuelto de donde sacan más abundante pesca los agiotistas).» Quiso, pues, Napoleón, contra el parecer de Mr. Mollién, á cuyo hábito de proceder siempre con ordenada legalidad repugnaba todo expediente excepcional, hacer compras extraordinarias de rentas con objeto de producir una alza en los fondos públicos, y para esto recurrió al tesoro del ejército, que tenía sin duda por inagotable, así como tenía por libre de mudanzas á la victoria que se lo había proporcionado. Mandó por lo tanto que por cuenta del tesoro del ejército se hiciesen compras considerables, independientemente de las que hiciese la caja de amortización, raras y poco regulares á la sazón, y con esto entendió hacer una cosa tan ventajosa para el ejército como para los mismos acreedores del Estado. Éralo al ejército, porque